

BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

AÑO LII.-TOMO XLIV.-SEPTBRE.-DICBRE. 1964.-CUAD. CLXXIII

Unidad y defensa del idioma ⁽¹⁾

Señores Académicos:

Henos aquí reunidos, por cuarta vez, para una tarea cuya generosidad en lo espiritual y cuya utilidad en la esfera práctica con frecuencia la gente desconoce. Nos reunimos para vigilar el estado de nuestra lengua común, para regularlo, y para, en lo posible, afianzar la seguridad de su destino. Lo hacemos hoy en esta bella ciudad de Buenos Aires, tan vital y tan vitalizante, que es en sí misma una concentración multitudinaria de esto que va a ser tema de nuestras conversaciones y de nuestros acuerdos. La Academia Argentina de Letras nos hospeda. Ha hecho todos los esfuerzos imaginables para que esta asamblea pudiera reunirse. Vaya a ella el agradecimiento y el aplauso de todas nuestras academias, y el muy emocionado de la Real Academia Española a quien en este instante represento, y que por nosotros se junta con todas las demás en ese aplauso a la hermana argentina.

La Real Academia Española lleva doscientos cincuenta años de trabajo constante en pro del ideal que todos nosotros defendemos. Lo extraordinario es que la Academia de Madrid no da muestras de cansancio senil, sino que maravillosamente se renue-

(1) Discurso pronunciado en la sesión inaugural del IV Congreso de Academias de la Lengua Española, celebrado en Buenos Aires del 30 de noviembre al 10 de diciembre de 1964.

va: academia con sus dos siglos y medio a cuestas, pero que cada día está más juvenil, más alerta (milagro que a su vez parece repetirse, o simbolizarse, en su director, don Ramón Menéndez Pidal). En mi academia silenciosamente se siguen acumulando los miles de libros en las estanterías de la biblioteca; bandadas de nuevas fichas penetran todos los días para anidar en los cajetines del fichero: cada papeleta trae el mensaje de una nueva autoridad —un autor ecuatoriano, o filipino, o de Castilla, etc.—, mensaje que nutrirá los diccionarios, el usual y el histórico; y son ya diez millones las que duermen en los nidos que llenan las paredes de la casa esperando el momento justo de convertirse en una breve llamarada de espíritu. Todos los días durante cuatro horas unas treinta cabezas estudiosas (jóvenes investigadores con maestros insignes) se inclinan para escudriñar libros y papeletas: es el Seminario de Lexicografía de la Academia: y prepara el Diccionario Histórico ya en publicación, obra que durará unos cincuenta años. Los jueves se celebra la sesión académica ordinaria, y los Académicos discuten durante una hora sobre las palabras sometidas a su juicio para inclusión en el diccionario. Dos veces por semana la Comisión de Diccionarios filtra y sopesa los resultados de la sesión plenaria. El alud de tecnicismos nuevos y las listas de voces consultadas por otras academias han obligado, para ir al par de los tiempos, a la constitución de otra comisión más: la de Vocabulario Técnico. La Real Academia Española es hoy una gran colmena que junto a los caminos de la vida está incesantemente atareada, dedicada a su labor.

Yo estoy seguro de que las demás Academias han comprendido también, como la mía, que no pueden ser un refugio de ilustre ancianidad, sino un laboratorio de trabajo.

Estoy seguro de que esto es o será así.

Los que estamos aquí reunidos representamos la voluntad de todas las Academias de la lengua española para colaborar fraternalmente en la obra de preservación y constante ampliación de nuestro tesoro común.

Pero representamos mucho más que eso: la voluntad de una inmensa cifra de hispanohablantes, cifra que sube en rápido avance en dirección a los doscientos millones: son hombres que viven en

los más distintos climas, separados quizá por las máximas distancias que permite el globo terráqueo, pertenecientes a las más diversas razas, gobernados por los más diferentes regímenes políticos, diseminados a veces entre grandes comunidades alófonas —como los sefardíes, como las multitudes de habla española que habitan en los Estados Unidos, o como la de aquella minoría que aún habla español en Filipinas—, hombres en fin a los que todo parece separar, pero que se sienten dichosamente unidos por una sola cosa: la lengua que todos ellos hablan.

Y no sólo representamos a estos que hoy la hablan. Nuestra lengua —todo lo hace prever— alcanzará aún en el siglo XXI unidades de centena de millón cada vez más altas: también somos los legítimos tutores de estos hispanohablantes del futuro, de esos del siglo XXI, y de los siglos que seguirán. Lo mismo que los padres empiezan a cuidar a sus hijos aun antes del hecho del nacimiento, hemos de ser padres previsores de esos hispanohablantes que vendrán con el fluir de los siglos. Digo más: que ellos, la lengua de ellos, debe ser el objeto principal de nuestra atención y de nuestros acuerdos. Con una imagen (ya otra vez atraída a nuestras preocupaciones por un ilustre escritor argentino) afirmemos que estamos reunidos aquí para impedir que en el campo de nuestra lengua se alce una nueva torre de Babel, para hacerla imposible desde sus mismos cimientos.

La comunidad lingüística es una criatura espiritual, una especie de cuerpo místico que liga el pasado, la realidad del presente y el futuro. La complejidad de su estructura se intensifica cuando —como en el caso de la lengua castellana— este ser no sólo tiene un puente ligador de los tiempos, sino que se ensancha magníficamente por el mundo; y por sus orillas las más diversas culturas arcaicas y modernas influyen penetrando y tiñendo con tonalidades e intensidades distintas sus diferentes partes.

Imaginad la maravilla que es este tesoro —en términos saussurianos— de la lengua. Yo lo realizo, lo movilizo en este instante en mi habla; vosotros lo comprendéis porque hay una coincidencia fundamental: mi habla se alza de un depósito igual al que vosotros atesoráis.

Pero la maravilla común a todo lenguaje humano crece hasta

términos difíciles de imaginar, cuando ese depósito es de la amplitud de vigencia geográfica del nuestro. Yo voy a cualquier país hispánico distinto del mío y noto en seguida las divergencias; algunas veces producen quizá mi extrañeza, en algún caso límite hasta mi incompreensión momentánea. Es que en esta comunidad idiomática supranacional, junto al depósito común a todos, cada hablante posee un como complemento, un como depósito especial peculiar a su nación; y lo mismo ocurre con las regiones, respecto a la nación; y aun, de modo semejante, con las ciudades y hasta con las familias.

Consideremos ahora el aspecto cultural. Toda la tradición, común hasta el siglo XIX, va a verterse, como secreto zumo unificante, por las interfibras de nuestra lengua, y alcanza lo mismo a sus realizaciones de índole práctica que a sus creaciones artísticas. Pero ¡cuántos influjos distintos! —unos ya anteriores a la desmembración política, y persistentes; otros actuantes durante los siglos XIX y XX. En unos países es el atractivo de la gran literatura francesa, en otros de la italiana, en otros desde hace mucho se ha dejado sentir la huella invasora de la civilización norteamericana, tal nación ha sido más fértilmente fecundada por el pensamiento y la técnica ingleses o alemanes. Imaginad también los distintos influjos de las muy diversas culturas precolombinas, y aun los resultados de la nueva —y muy justificada— estima que, cada vez más, se hace de ellas.

La finalidad de estos congresos de las Academias ha de ser —respetando, en el nivel de los hablantes cultivados, toda la variedad existente— conservar y fortalecer el depósito común de nuestra cultura.

Hasta aquí creo que todos estamos de acuerdo. Lo difícil —y donde supongo surgirán mil matices, y aun radicales diferencias de opinión— es cómo lograrlo. Se me ha concedido la palabra en este acto por ser el más antiguo entre los académicos de la Real Española aquí presentes. En lo que sigue no puedo dejar de exponer algunas de mis ideas personales sobre esa pregunta “¿Cómo lograr la conservación de nuestro tesoro?”.

En toda lengua viva, son necesarias la tradición y la innova-

ción o creación idiomática. Sólo las lenguas muertas carecen de la segunda.

Pero, en general, en nuestras academias, durante el siglo XIX y aun en los primeros decenios del actual, se ha hablado mucho más de la tradición que de la innovación, con todos los complejos de oratoria y de sentimentalidad que son del caso. Esto está cambiando; en las sesiones plenarias de la Española, y en su Comisión de Diccionarios, observo ese movimiento, y su velocidad, que aumenta cada día.

Es la vida, la realidad la que lo impone. El fenómeno es común a todas las lenguas del mundo; pero sus efectos son mucho más complicados en una comunidad lingüística *supranacional* como la nuestra. Crecimiento de población, nuevas generaciones cada vez mayores en número, cada vez más ávidas de cultura, liceos o institutos que no bastan, nuevas universidades, que cuando se inauguran ya resultan pequeñas. Junto a esto un inmenso aumento de las posibilidades de modificación y utilización de la naturaleza por el hombre. Consecuencia: un aumento, en sí glorioso, de las necesidades expresivas del lenguaje, pero por otro lado lo apremiante, lo angustioso casi, de hallar esa expresión que es imprescindible. Dioses: dad palabras; la Humanidad necesita hoy como nunca inventar palabras. Lo malo es que muchas veces, el *deus ex machina*, el que troquela el nuevo nombre es... el comerciante, el que fabrica y vende el producto.

Basta lo dicho para que, sin necesidad de argumentación, comprendamos que ante esa gloria del nuevo crecimiento de la Humanidad y de sus posibilidades, los que tenemos obligación de vigilar y aun de encauzar las aguas del idioma lleguemos, ante el torrente que nos inunda, a sentir hasta alucinación o vértigo.

Pero esa es la tarea. Ese es, ese debe ser nuestro tema. Yo desearía que, *llevándola todos en el alma*, en este congreso hablásemos lo menos posible de la tradición; porque tenemos que habérnosla con esa fuerza irresistible: la innovación. Fuera de ella sólo se pueden quedar las lenguas que renuncien a participar en la cultura moderna. Nadie pensará ir contra el raudal: pero es nuestra obligación abrirle el mejor cauce posible. ¿Cómo? Ese es el problema.

Hablemos aún, un momento, de la tradición. Por lo que toca a ella, debemos afirmar que lo que pretendemos es la conservación de una estructura significativa —la lengua castellana— en el estado en que hoy la usan los hablantes cultos de todos los países de nuestra comunidad lingüística. *Lo importante es, pues, la conservación de todo lo que sea común a todos los hispanohablantes cultos.*

Por lo que respecta al otro factor, el de la innovación o creación idiomática, el principio fundamental debe ser éste: *cualquier elemento de innovación*, es decir, de creación, debe ser común a todos los países hispanohablantes.

Estas son, para mí, las dos fórmulas fundamentales. Como veréis en ellas no asoma nada de lo que ha sido durante el siglo XIX y primeros años del XX la principal preocupación de las Academias: el *purismo*. Yo no soy enemigo del purismo; le pongo simplemente en el lugar que le corresponde, que en 1964, por desgracia, no puede ser ya de primera fila.

Por razones sentimentales y estéticas me gusta —también a mí— que las palabras tengan una nobleza en su raíz, en su derivación, y aun si es posible en su sonido. Pero, ya lo he dicho, esto es “por razones estéticas y sentimentales”, no por razones lingüísticas. Desde un punto de vista estrictamente lingüístico, las palabras no se dividen en de buena y mala familia, ni tienen que vestir traje de corte y arrastrar cola. Las palabras son sencillamente un medio de cambio, de intercambio. Nadie mira en la moneda que da la perfección del troquel ni admira el genio de quien la diseñó: lo interesante es que tenga valor en el cambio, que tenga curso inmediato dentro de una determinada comunidad. Lo que nos interesa en la lengua castellana es que sus palabras (y todos sus elementos significativos) sean, en efecto, significativos, es decir, que tengan un valor de intercambio, y que lo tengan en todo el ámbito de nuestra comunidad lingüística. Después de eso, sólo después de eso, que es lo fundamental —y lingüísticamente lo único— podrán, si hay un resquicio, venir las consideraciones puristas, la llamada legitimidad de la derivación, etc., siempre que no lleguen para enturbiar lo claro.

Situémonos, pues, gravemente precavidos frente al extranje-

rismo invasor, pero sin los remilgos del purismo. Consideremos que si como hecho lingüístico el extranjerismo es un fenómeno que se repite una y otra vez en la historia de las lenguas, nunca como en la época presente ha llegado con esta abundancia extraordinaria, sobre todo en países como los de nuestra comunidad lingüística, de poca capacidad creativa en materias de técnica. Peligros, pues, en el extranjerismo; pero el mayor —general a toda la innovación lingüística— que se empleen dos extranjerismos diferentes para una misma cosa.

El mundo en que nos hemos despertado —envejecer es despertar a otra realidad—, este mundo al que la vida nos ha ido despertando, ¡cuán diferente es del de nuestra niñez!: ya le miramos como un prenuncio del siglo XXI, como cosa ajena. El mundo se ha poblado de extrañas criaturas que lo llenan ahora, que se asocian o relacionan entre sí como en esferas distintas: cada una un mundo de enorme complejidad: aquí el deporte (los mil deportes), allí la televisión, o la radio, o el cine, el mundo de la aviación y ahora el de la astronáutica, pero ¿y el automóvil?, ¿y la física nuclear?, ¿y la medicina?, ¿y la reproducción ya del sonido, ya de libros, documentos u objetos en general? Etc., etc. Hasta las amas de casa se mueven sin miedo entre esos monstruos recién nacidos (o de pocos años), los mil *gadgets* (digámoslo a la norteamericana) de la cocina, el lavado, la plancha, la casa. Mundos inmensos, distintos, especializados, llenos de tornillos, de placas, de muelles, de palancas, de cojinetes, de níquel, de iridio, de materias plásticas, piezas enormes y horribles u otras pequeñas, lindas, lindas, que parece que nos hacen una graciosa mueca: pero cada una, grande o pequeña, *con su nombre y sus partes*, y aun las partes tienen *nombre*, y sus movimientos, sus acciones se expresan con multitud de *verbos*. Todo nuevo, cosas, nombres, verbos, todo pimpante, y como bañado en una —también nueva— luz níquelada. ¡Aquel mundo de nuestra niñez!

Este pensamiento último, esta lamentación, es inmoral o por lo menos inoportuna en este momento, porque lo que tenemos que hacer es ver cómo ponernos frente a ese mundo de nuevos nombres y nuevos verbos para cosas nuevas.

Ocurre que —por lo que toca al léxico— sobre lo único de nuestra lengua en que se podría ejercer una acción rectora verdaderamente eficaz sería sobre esas innovaciones que la vida moderna exige. Pero la dificultad está en la velocidad enorme con que se difunden los inventos, grandes o pequeños; cuando nos enteramos, ya la propaganda comercial ha troquelado un nombre. Y muchas veces los nombres son distintos en sitios diferentes. En un escrito anterior mío di los ocho o diez nombres distintos que he oído en labios de hispanohablantes para este cómodo utensilio que aquí se llama *birome* o *lapicera a bolilla* y en España *bolígrafo*. Esa batalla está perdida, pero se podrían ganar muchas de las futuras si nos organizáramos bien.

Como el enemigo en estos casos es la velocidad, propuse en el Congreso de Madrid la creación de una comisión de urgencia, que diera la voz de alarma, a tiempo, cuando la nueva denominación esté en estado aún germinal. Mi propuesta fue aprobada, pero no se pasó de ahí.

En las notas que anteceden, que la constante precipitación de nuestra vida moderna me ha hecho escribir a vuelapluma, habréis visto un intenso deseo que les da un sentido único y puede resumirse así: conservar en lo posible el *statu quo* actual del español tal como lo usan todos los hispanohablantes cultos; conservar sus divergencias, que hoy por hoy no ponen en peligro la comunidad lingüística; pero juramentarnos para evitar otras ulteriores divergencias; en donde más se podría actuar es en la creación idiomática que impone la vida moderna.

Deseo que conservemos nuestra comunidad idiomática por razones sentimentales, de una parte, sí, pero sobre todo por razones prácticas: la comunidad idiomática es un tesoro espiritual, pero es también un gran tesoro material.

En otras ocasiones he hablado del peligro de fragmentación. Gentes que no quieren enterarse o que han leído mis palabras tergiversadas en rebotes de prensa, etc., me han tildado de pesimismo injustificado, cuando la cultura, la radio, los viajes, las lecturas, todo parece favorecer el intercambio y con él la consolidación de la comunidad lingüística.

Cuando hablo de fragmentación de nuestra lengua no pienso

ni mucho menos en un futuro inmediato, sino en un futuro probablemente remotísimo. Los que me tildan de pesimista deben ser almas cándidas que creen en el progreso indefinido de la Humanidad, en su mejoría progresiva, gracias a vitaminas y *gadgets* hasta llegar a un estado arcangélico. Yo leo los periódicos; precisamente estos días he leído cosas de distintas partes del mundo que no parecen favorecer esa tesis. Razas inmensas no han dicho aún su palabra, continentes hasta ayer dormidos están despertando, y vendrán otras razas, otras lenguas, otras culturas. Nuestra lengua morirá, y es lo más probable que muera por fragmentación. Pero eso pertenece a lo que suelo llamar posthistoria. Esos hombres de la posthistoria me son tan ajenos ya como me son los de la prehistoria.

Lo histórico del pasado y lo histórico del futuro sólo se pueden hallar dentro de una misma comunidad de cultura. Terminaré empleando de nuevo la palabra "tradición" que he querido evitar. Deseo que haya una tradición de cultura en lengua castellana, que se prolongue fértilmente por muchos siglos; podemos actuar sobre el futuro, alejemos hasta los siglos más remotos la fría imagen de la posthistoria.

DÁMASO ALONSO.